

*Juan LEON MERA. El Hombre de Cimas. Biografía de Darío C. Guevara. (Primer premio en el Concurso Nacional de 1942, auspiciado por el Ministerio de Educación Pública de la República del Ecuador.) Imprenta del Ministerio de Educación Pública. Quito, Ecuador. 1944, 288 págs.*

Mera fué un polemista bifronte, por un lado miró al hogar, la familia y la Patria, por otro a la religión católica; no pudo distinguir estos dos intereses, los unió con su emoción y convencimiento, y se aprestó a defenderlos contra un gran opositor: Juan Montalvo. Esta lucha de ideas por la Patria y la religión absorbió su vida, la consumió toda, su existencia fué un continuo allegar testimonios y meditaciones que favorecieran sus ideas. Se dispuso a la batalla, tuvo conciencia de la responsabilidad y dureza de su polémica. A los dos adversarios la posteridad los ha unido, no fué una lucha desigual, no fué tampoco una lucha desleal, el ámbito que sirvió de marco a los contendientes fué el siglo XIX, es decir, un ámbito que estaba recargado de pasión polémica y que sacrificaba en holocausto de la idea todas las preocupaciones.

“Entre mis compatriotas —dice Mera— creo que pocos habrán tenido vida más agitada que la mía en la liza de las ideas; y eso que en el Ecuador, como en todas las repúblicas americanas de origen español, la polémica ha ido a par de las revoluciones... Jamás he defendido causa injusta ni menos que hubiera parecido indigna: los principios católicos, la honra de la Patria y de la América, la inocencia y el honor ultrajado, la pureza y la cultura de las costumbres, el buen gusto literario y poético, he ahí los objetos por los que siempre he luchado”.

Juan León Mera es famoso en la Historia Literaria de América por su disputa con Juan Montalvo. Esta querrela de hombres típicos del siglo XIX es uno de los rasgos que hacen más atractiva nuestra literatura; más bien uno de los signos escasos de fuertes polémicas ideológicas en que América fué pródiga durante el primer siglo de vida independiente, pero que casi nunca rebasaron las fronteras provincianas, y ahí cargáronse y descargáronse. No, la disputa de Mera con Montalvo interesa a la América entera, es uno de aquellos procesos que se conservan en la memoria y que se suscitan una y otra vez cuando América entra en fuertes tensiones

polémicas. Lo que estos dos hombres ventilaron en el plano de la discusión es sin duda cuestión medular de nuestra manera íntima de ser.

Juan León Mera alardeaba de poeta indiano, aunque la leve coloración morena de su piel más debe atribuirse a influencias del trópico ecuatoriano que a efectivos entronques indígenas. Para evitar adivinaciones fisionómicas a sus biógrafos, él mismo, en su madurez, se retrató poéticamente, que al fin para él, que todo lo era la poesía, es retrato más fidedigno que cualquier otro:

Arrúgase mi tez, su antigua lumbre  
pierden mis ojos, de mi labio acaso  
revela el gesto oculta pesadumbre;  
sólo en el corazón no hay deterioro,  
y en él, de afectos y recuerdos vaso,  
de tu noble amistad guardo el tesoro.

Con este fragmento, saturado de aliento autobiográfico, puede reconstruirse el tono de su vida, aquí está prendida en palabras bien calculadas toda su historia. La coloración romántica que lo atempera y la nostalgia de viejas luchas de ideas y de emociones, lo redondean y conmueven. El romanticismo y la lucha por la idea, las dos dimensiones de nuestros hombres del XIX, aquí se transparentan, no es difícil que sólo con este fragmento pudiera evocarse la atmósfera histórica de Juan León Mera.

La amistad fué una de sus empresas constantes, poco amante de la comunicación anónima franqueó su intimidad a unos cuantos. En este círculo ceñido de emotivas comunicaciones Juan León Mera pudo expandir su calor y fincar la memoria de su cariz humanísimo. Como para muchos otros la amistad fué el vehículo que hizo llegar a regiones más dilatadas la huella de su carácter y hay que señalarle esta afición devota y fidelísima porque revela claramente la hondura de su emotividad.

Su vida conyugal fué de tipo y maneras patriarcales. Cariñoso y tierno con su esposa fué su matrimonio feliz, y encontró, siempre, en el hogar el solar eficaz para el cultivo de sus sentimientos; nunca tuvo vagas apertencias de rebeldía, la familia le fué propicia y en su seno pudo desarrollar todo el caudal de sus sentimientos.

Su carrera política se inició pronto. El joven romántico e idealista se enlistó en el partido liberal y en su pro lidió sus primeras campañas; pero se desilusionó pronto. La sombra odiosa del militarismo hizo que re-

pudiera a su partido y de allí pasó al conservador, en que se mantuvo hasta el final. Esta temprana claudicación definió su carácter, desengañóse de la algaraza revolucionaria, pulsó la mortal inercia de su pueblo y mantuvo la firme convicción de que cuando menos la vieja heredad debería conservarse, ya que la creciente anarquía no sólo amenazaba disolverse en la nada, sino barrer, desarraigar lo poco que siglos de historia habían fincado. Su carrera política se marca en algunas fechas, en 1860 Secretario del Consejo de Estado del Gobierno Provisional, en 1861 Diputado a la Asamblea Constituyente; en 1865 Secretario de la Cámara de Senadores; en 1869 Gobernador de Tungurahua, en 1875 Ministro del Tribunal de Cuentas, en 1885 Vicepresidente de la Cámara de Senadores . . .

“Sirvió al cargo público —dice su biógrafo— con esmerada honradez y con la preocupación constante de sus deberes y obligaciones. Como gobernador de Tungurahua o de León procuró defender a los débiles, principalmente a los indios explotados inmisericordemente. La educación de los niños la impulsaba como mejor podía y con frecuencia visitaba escuelas, recibía exámenes o leía discursos de índole educativa”.

En cuanto a su actuación parlamentaria le merece de Guevara este juicio: “en las legislaturas, a pesar de su carencia de oratoria y hasta de su tartamudeo nervioso, pronunció lucidos discursos que eran piezas de concepciones democráticas increíbles para el criterio de un conservador. Entendió bien el republicanismo y, fuera del tradicionalismo religioso y moral, tenía mucho de idealidad revolucionaria”.

Su actuación toda está engastada en un credo conservador y en líricas efusiones revolucionarias. “Mera es tradicional en el contenido arraigado de su catolicidad, en su conservatismo político clericalizado y en su gramaticidad académica. Pero al lado de este hombre del pasado está el moderno de las tendencias y prácticas revolucionarias”.

También en sus traducciones literarias apunta conatos revolucionarios: “en la interpretación de la historia revoluciona cuando condena a la barbarie de la conquista española con una dialéctica que va a poca distancia de la marxista. Lo propio hace cuando critica las instituciones sociales y económicas de la colonia y la república”.

“En la literatura revoluciona eclecticizando las escuelas literarias (romanticismo, realismo y clasicismo), y ensayando y difundiendo la literatura indiana y la americanidad de la literatura, e incrustando nombres quichúas en el oro pulido de su correcto castellano.”

Cumanda, la novela descriptiva de la América del siglo XIX, es su mejor novela. El fallo que acerca de ello pronunciaron Menéndez y Peláyo, Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón, y José María Pereda, no ha sido rectificado; pero hoy más que la novela se prefieren sus cuentos. “Mera es un notable novelista de América; pero no por eso deja de ser distinguido cuentista ecuatoriano, con la risa a flor de labios aunque en el corazón hayan tormentas”.

Todos los géneros literarios le fueron familiares; a excepción de la gramática; la novelística, la poesía, el ensayo, la historia, llevan marcados algunos surcos que imprimió su mano. Sin su obra no sería concebible el Ecuador de hoy. “Toda esta abundante y variada producción de Mera le dá el indiscutible título de polígrafo. Empero, a través de toda esta vastísima obra hay una sola tendencia, un único fin: el imperio de la religión católica y de su correspondiente moral social. Los dogmas de su religión los ha sostenido y defendido con fe como fuerte y destacado publicista”.

“El valor del polígrafo y del publicista adquiere mayor altitud y justicia con las palabras de Julio Cejador y Frauca: “Juan León Mera es el escritor de talento más universal que ha producido el Ecuador”.

Como muchos ingenios americanos Juan León Mera no bebió su educación en escuelas y universidades: “Autodidactas abundan en el Ecuador entre los más distinguidos autores; pero el más autodidacta es, sin lugar a dudas, Don Juan León Mera. Nadie se levantó como él sin pisar siquiera los umbrales de la escuela o colegio alguno. El aprendió las primeras letras guiado por su madre. Salió del semianalfabetismo mediante las lecciones de su tío materno y de su tío abuelo. Elevó su personalidad y llegó a constituirse en autor gracias a sus lecturas meditadas, a su auto-educación, a sus ensayos de poeta y prosista, y a sus disposiciones naturales de hombre de letras”.

Su biógrafo se complace en pasearnos por las cimas de su vida y parece que fué consustancial a su existencia las grandes hazañas. En esta biografía se ha trazado la historia de uno de los muchos quijotes que pueblan nuestro retablo americano y hoy que no se columbra en el ámbito de América la recia sombra de un gran maestro, reconforta siempre volver los ojos, acompañado de un escritor tan ameno como Guevara, hacia una de estas figuras nuestras de maestros y autodidactas que han cimentado, pagando con su vida la historia y el carácter de América.